



JUAN UGALDE

# La vida como una mala fotografía

*Museo Patio Herreriano*

Jorge Guillén, 6. Valladolid

Hasta el 20 de julio



Desde sus comienzos, en los primeros 80, la obra de Juan Ugalde (Bilbao, 1958) ha recurrido a la amalgama más áspera y de tosco acabado que es capaz de fundir una pintura desgarrada y cruda con fotografías de diversa índole. Completándolas y tergiversándolas a un tiempo, las imágenes ya dadas —en nuestra vida privada, el entorno público o los media— se someten a la implacable acción pictórica de este artista que, con tanta mordacidad como humor (guasa, sería más propio) ha sabido rentabilizar el enorme potencial escondido en esta iconografía visual de segundo orden que rodea al hombre contemporáneo como un

desperdicio más. «La vida, al fin y al cabo, es una mala fotografía», aseguraba Louis Argon. Y así parece certificarse en el territorio gris que maneja con tanta habilidad Ugalde: referentes culturales de la España profunda, la de posguerra, la del desarrollo, la de los barrios-dormitorio o la del conjunto urbanístico cerrado en invierno, visitado entonces sólo por grupos de jubilados; tebeos, chistes periodísticos, viñetas o caricaturas de nuestra autarquía; imágenes destinadas a aquel incipiente turismo que ofrecían el tópico más pintoresco y cañí de nuestro país; viejas fotografías familiares amarilleadas...

Los desórdenes e injusticias de la cultura hispana, así como su particular vivencia de la sociedad de consumo, quedan comentados en estos trabajos con un realismo crudo, frontal y a veces despiadado, pero en el cual, sin embargo, el autor no se implica de manera emocional ni permite que el

espectador lo haga: la distancia irónica y los resabios retóricos están allí para impedirlo. El «kitsch» es lo que tiene... Su sobreexplotación en estética conlleva, como con la ironía, la insensibilización, la anestesia generaliza.

Y es que, haciendo un uso desinhibido y algo cínico de sus implicaciones, Ugalde salpimenta estos collages con ambiguas intenciones de denuncia donde resulta dudoso saber si los defectos y carencias se señalan o son objeto de risa, quizás curiosidad antropológica, quizás sorpresa... El juego de interpretaciones está servido, pero, en cualquier caso, lejos quedan ahora aquellos ardores juveniles suyos que le llevaron al entendimiento del arte como una forma ácida, disolvente de activismo político e intelectual. ¿Entre ambos extremos? Muchas ganancias, algunas pérdidas..., pero los tigres ya no se perfuman con dinamita.

**Ó. ALONSO MOLINA**